



XII

**D**on Francisco de Asís Carraspique era uno de los individuos más importantes de la Junta Carlista de Vetusta, y el que hizo más *sacrificios pecuniarios* en tiempo oportuno. Era político porque se le había convencido de que la causa de la Religión no prosperaría si los buenos cristianos no se metían á gobernar. Le dominaba por completo su mujer, fanática ardentísima, que aborrecía á los liberales porque allá en la otra guerra, los *crístinos* habían ahorcado de un árbol á su padre sin darle tiempo para confesar. Carraspique frisaba con los sesenta años, y no se distinguía ni por su valor ni por sus dotes de gobierno; se distinguía por sus millones. Era el mayor contribuyente que tenía en la provincia la soberanía subrepticia de don Carlos VII. Su religiosidad (la de

Carraspique) sincera, profunda, ciega, era en él toda una virtud; pero la debilidad de su carácter, sus pocas luces naturales y la mala intención de los que le rodeaban, convertían su piedad en fuente de disgustos para el mismo don Francisco de Asís, para los suyos y para muchos de fuera.

Doña Lucía, su esposa, confesaba con el Magistral. Éste era el Pontífice infalible en aquel hogar honrado. Tenían cuatro hijas los Carraspique; todas habían hecho su primera confesión con don Fermín; habían sido educadas en el convento que había escogido don Fermín; y las dos primeras habían profesado, una en las Salesas y otra en las Clarisas.

El palacio de Carraspique, comprado por poco dinero en la quiebra de un noble liberal, que murió del disgusto, estaba enfrente del caserón de los Ozores, en la Plaza Nueva, podrida de vieja.

El Magistral se dejó introducir en el estrado por una criada sesentona, que ladraba á los pobres como los perros malos. Á los curas les lamería los piés de buen grado.

—Esperè Vd. un poco, señor Magistral, haga el favor de sentarse; el señor está allá dentro y sale en seguida... (Con voz misteriosa y agria:) Está ahí el médico... ese empecatado primo de la señora.

—Sí, ya, don Robustiano: ¿pues qué hay, Fulgencia?

—Creo que Sor Teresa está algo peor... pero no es para tanto alarmar á los pobrecitos señores. ¿Verdad, señor Magistral, que la pobre señorita no está de cuidado?

—Creo que no, Fulgencia; pero ¿qué dice el médico? ¿Viene de allá?

—Sí, señor, de allá; y ahí dentro daba gritos... viene furioso... es un loco. No sé cómo le llaman á él. El parentesco, es cosa del parentesco.

El salón era rectangular, muy espacioso, adornado con gusto severo, sin lujo, con cierta elegancia que nacía de la venerable antigüedad, de la limpieza exquisita, de la sobriedad y de la severidad misma. El único mueble nuevo era un piano de cola de Erard.

Llegó al salón don Robustiano y salió Fulgencia hablando entre dientes.

El médico era alto, fornido, de lengua barba blanca. Vestía con el arrogante lujo de ciertos personajes de provincia que quieren revelar en su porte su buena posición social. Era una hermosa figura que se defendía de los ultrajes del tiempo con buen éxito todavía. Don Robustiano era el médico de la nobleza desde muchos años atrás; pero si en política pasaba por reaccionario y se burlaba de los progresistas, en religión se le tenía por volteriano, ó lo que él y otros vetustenses entendían por tal. Jamás había leído á Voltaire, pero le admiraba tanto como le aborrecía Gloucester, el Arcediano, que no lo había leído tampoco. En punto á letras, las de su ciencia inclusive, don Robustiano no podía alzar el gallo á ningún mediquillo moderno de los que se morían de hambre en Vetusta. Había estudiado poco, pero había ganado mucho. Era un médico de mundo, un doctor de buen trato social. Años atrás, para él todo era flato; ahora todo era *cuestión de nervios*. Curaba con buenas palabras; por él nadie sabía que se iba á morir. Solía curar de balde á los amigos; pero si la enfermedad se agravaba, se inhibía, mandaba llamar á otro y no se ofendía, «Él no servía para ver morir á una persona querida.»

Al lado de sus enfermos siempre estaba de broma.

«—¿Con que se nos quiere Vd. morir, señor Fulano? Pues vive Dios, que lo hemos de ver..., etc.»

Esta era una frase sacramental; pero tenía otras muchas. Así se había hecho rico. No usaba muchos términos técnicos, porque, según él, á los profanos no

se les ha de asustar con griego y latín. No era pedante, pero cuando le apuraban un poco, cuando le contradecían, invocaba el sacrosanto nombre de la ciencia, como si llamase al comisario de policía.

«La ciencia manda esto; la ciencia ordena lo otro.»  
Y no se le había de replicar.

Aparte la ciencia, que no era su terreno propio, don Robustiano podía apostar con cualquiera á campechano, alegre, simpático, y hasta hombre de excelente sentido y no escasa perspicacia. Pecaba de hablador.

Al Magistral no le podía tragar, pero tenía su influencia en las casas nobles y le trataba con fingida franqueza y amabilidad falsa.

De Pas le tenía á él por un grandísimo majadero, pero le tributaba la cortesía que empleaba siempre en el trato, sin distinguir entre majaderos y hombres de talento.

—¡ Oh mi señor don Fermín! cuanto bueno... Llegó usted á tiempo, amigo mío; el primo está inconsolable. ¡ Buen día de su santo! Le he dicho la verdad, toda la verdad; y, es claro, ahora que la cosa no tiene remedio, se desespera... Es decir, remedio... yo creo que sí... pero estas ideas exageradas que... en fin, á Vd. se le puede hablar con franqueza, porque es una persona ilustrada...

—¿ Qué hay, don Robustiano? ¿ Viene Vd. de las Salesas?

—Sí, señor; de aquella pocilga vengo.

—¿ Cómo está Rosita?

—¿ Qué Rosita? ¡ Si ya no hay Rosita! Si ya se acabó Rosita; ahora es Sor Teresa, que no tiene rosas ni en el nombre, ni en las mejillas.

Don Robustiano se acercó al Magistral; miró á todos los rincones, á todas las puertas, y con la mano delante de la boca, dijo:

—¡ Aquello es el acabóse!

El Magistral sintió un escalofrío.

—¿ Vd. cree?

—Sí, creo en una catástrofe próxima. Es decir, distingo, distingo en nombre de la ciencia. Yo, Somoza, no puedo esperar nada bueno; yo, hombre de ciencia, necesito declarar, primero: que si la niña sigue respirando en aquel *medio*... no hay salvación, pero si se la saca de allí... tal vez haya esperanza; segundo: que es un crimen, un crimen de lesa humanidad no poner los medios que la ciencia aconseja... Señor Magistral, usted que es una persona ilustrada, ¿ cree Vd. que la religión consiste en dejarse morir junto á un albañal? Porque aquello es una letrina; si señor, una cloaca.

—Ya sabe Vd. que es una residencia interina. Las Salesas están haciendo, como Vd. sabe, su convento junto á la fábrica de pólvora.

—Sí, ya sé; pero cuando el convento esté edificado y las mujeres puedan trasladarse á él, nuestra Rosita habrá muerto.

—Señor Somoza, el cariño le hace á Vd., acaso, ver el peligro mayor de lo que es.

—¿ Cómo mayor, señor De Pas? ¿ Querrá Vd. saber más que la ciencia? Ya le he dicho á Vd. lo que la ciencia opina: segundo: que es un crimen de lesa humanidad... Oh! ¡ Si yo cogiera al curita que tiene la culpa de todo esto! Porque aquí anda un cura, señor Magistral, estoy seguro... y Vd. dispense... pero ya sabe Vd. que yo distingo entre clero y clero; si todos fueran como Vd.... ¿ Á que mi señor don Fermín no aconseja á ningún padre que tenga cuatro hijas como cuatro soles, que las haga monjas una por una á todas, como si fueran los carneros de Panurgo?

El Magistral no pudo menos de sonreír, recordando que los carneros de Panurgo no habían sido monjas ni frailes. Pero don Robustiano repetía lo de los carneros de Panurgo, sin saber qué ganado era aquel,

como no sabía otras muchas cosas. Ya queda dicho que él no leía libros: le faltaba tiempo.

Don Fermín pensaba: «¿Serán indirectas las necesidades de este majadero?»

—Yo sospecho—continuó el doctor—que mi pobre Carraspique está supeditado á la voluntad de algún fanático, v. gr. el Rector del Seminario. ¿No le parece á Vd. que puede ser el señor Escosura, ese Torquemada *pour rire*, el que ha traído á esta casa tanta desgracia?

—No señor; no creo que sea ese, ni que haya en esta casa tanta desgracia como Vd. dice.

—¡Van ya dos niñas al hoyo!

—¿Cómo al hoyo?

—Ó al convento, llámelo Vd. hache.

—Pero el convento no es la muerte; como Vd. comprende, yo no puedo opinar en este punto...

—Sí, sí, comprendo y Vd. dispense. Pero en fin, ya que existen conventos, señor, que los construyan en condiciones higiénicas. Si yo fuera gobierno, cerraba todos los que no estuvieran reconocidos por la ciencia. La higiene pública prescribe...

El señor Somoza expuso latamente varias vulgaridades relativas á la renovación del aire, á la calefacción, aeroterapia y demás asuntos de folletín semicientífico. Después volvió á la desgracia de aquella casa.

—¡Cuatro hijas y dos ya monjas! Esto es absurdo.

—No, señor; absurdo no, porque son ellas las que libremente escogen...

—Libremente! libremente! Riase Vd., señor Magistral, riase Vd., que es una persona tan ifustrada, de esa pretendida libertad. ¿Cabe libertad donde no hay elección? ¿Cabe elección donde no se conoce más que uno de los términos en que ha de consistir?

Don Robustiano hablaba casi como un filósofo cuando se acaloraba.

—Si á mí no se me engaña—continuó;—si yo conozco bien esta comedia. ¿No ve Vd., señor mío, que yo las he visto nacer á todas ellas, que las he visto crecer, que he seguido paso á paso todas las vicisitudes de su existencia? Verá Vd. el sistema.

Don Robustiano se sentó, y prosiguió diciendo:

—Hasta que tienen quince ó diez y seis años las hijas de mis primos no ven el mundo. Á los diez ó los once van al convento; allí sabe Dios lo que les pasa; ellas no lo pueden decir, porque las cartas que escriben las dictan las monjas y están siempre cortadas por el mismo patrón, según el cual, «aquello es el Paraíso.» Á los quince años vuelven á casa; no traen voluntad; esta facultad del alma, ó lo que sea, les queda en el convento como un trasto inútil. Para dar una satisfacción al mundo, á la opinión pública, desde los quince á los diez y ocho ó diez y nueve, se representa la farsa piadosa de hacerles ver el siglo... por un agujero. Esta manera de ver el mundo es muy graciosa, mi señor don Fermín. ¿Recuerda Vd. el convite de la cigüeña? Pues eso. Las niñas ven el mundo dentro de la redoma, pero no lo pueden catar. ¿Á los bailes? Dios nos libre. ¿Al teatro? Abominación. ¡Á la novena, al sermón! y de Pascuas á Ramos un paseito con la mamá por el Espolón ó el Paseo de Verano; los ojitos en el suelo; no se habla con nadie; y en seguida á casa. Después viene la gran prueba: el viaje á Madrid. Allí se ven las fieras del Retiro, el Museo de Pinturas, el Naval, la Armería; nada de teatros ni de bailes, que aún son más peligrosos que en Vetusta: correr calles, ver mucha gente desconocida, despearse y á casa. Las niñas vuelven á su tierra diciendo de todo corazón que se han aburrido en la Corte, que su convento de su alma, que cuanto más se divertían allí con las Madres y las compañeras. Vuelta á Vetusta. Un mozalbeta se enamora de cualquiera de las niñas... ¡Vade retro!

Se le despide con cajas destempladas. En casa se rezan todas las horas canónicas, maitines, visperas... después el rosario con su coronilla, un padre nuestro á cada santo de la Corte Celestial; ayunos, viglias; y nada de balcón, ni de tertulia, ni de amigas, que son peligrosas... Eso sí, tocar el piano si se quiere y coser á discreción. Como artículo de lujo se permite á las niñas que se ríen á su gusto con los chistes del Arcediano, el diplomático señor Mourelo, alias Gloucester. Suelta el buen mozo torcido una gracia babosa, las niñas la rien, al papá se le cae la baba también ¡miseró Carraspique! y *tutti contenti*. El Arcediano no es el cura que hay aquí oculto, no; eso representa la parte contraria, el demonio ó el mundo; pero, como es natural, á las niñas les parece que el atractivo mundanal reducido al gracejo de Mourelo es poca cosa; y en cambio el claustro ofrece goces puros, y cierta libertad, sí señor, cierta libertad, si se compara con la vida archimonástica de lo que yo llamo la Regla de doña Lucía, mi prima carnal. ¡Oh, señor De Pas, fácil victoria la de la Iglesia! Las niñas en vista de que Vestusta es andar de templo en templo con los ojos bajos; Madrid ir de museo en museo rompiéndose los pies y tropezando; el hogar un cuartel místico, con chistes de cura por todo encanto, resuelven *libremente* meterse monjas, para gozar un poco de... de autonomía, como dicen los liberalotes, que nos dan una libertad parecida á la que gozan las hijas de Carraspique.

El Magistral oyó con paciencia el discurso del médico y, por decir algo, dijo:

—No podrá Vd. negar que en esta casa el trato es jovial, franco; á cien leguas de toda gazmoñería.

—¡Otra farsa! No sé quién diablos ha enseñado á mi prima esta comedia. El que entra aquí piensa que es calumnia lo que se cuenta de la rigidez monástica de este hogar honrado, pero aburrido. Las apariencias

engañan. Esta alegría sin saber por qué, estas bromitas de clerigalla, y Vd. dispense, esta tolerancia formal, puramente exterior, son disimulos para tapar la boca á los profanos.

El Magistral miraba al médico con gran curiosidad y algo de asombro. «¿Cómo aquel hombre de tan escasas luces discurría así en tal materia? ¿Sabía Somoza que era él y nadie más el *cura oculto*, el jefe espiritual de aquella casa? Si lo sabía ¿cómo le hablaba así? ¿También los tontos tenían el arte de disimular?»

Entró Carraspique en el salón. Traía los ojos húmedos de recientes lágrimas. Abrazó al Magistral y le suplicó fervorosamente que fuese á las Salesas á ver cómo estaba su hija; él no tenía valor para ir en persona. Don Fermín prometió ir aquel mismo día.

Somoza volvió á describir la falta de *condiciones higiénicas* del convento.

—Pero ¿qué quieres que haga, primo mío?

—Hijo, yo nada; yo no quiero nada, porque sé como sois. Pero lo que digo es lo siguiente: la niña está muy enferma, y no por culpa suya; su naturaleza era fuerte; en su *constitución* no hay vicio alguno; pero no le da el sol nunca y se la está comiendo la humedad; necesita calor y no lo tiene; luz y allí le falta; aire puro y allí se respira la peste; ejercicio y allí no se mueve; distracciones y allí no las hay; buen alimento y allí come mal y poco, ... pero no importa; Dios está satisfecho por lo visto. ¿Cuál es la perfección? La vida entre dos alcantarillas. ¿El mundo está perdido? Pues vámonos á vivir metiditos en un... inodoro.

Y como esta palabra, si bien le parecía culta, no expresaba lo que él quería, sino lo contrario, añadió:

—En un inodoro... que es la *antitesis*—así dijo—de un inodoro.

—En fin, señores—prosiguió—Vds. defienden el absurdo y ahí no llega mi paciencia. Resumen; la ciencia

ofrece la salud de Rosita con aires de aldea, allá junto al mar; vida alegre, buenos alimentos, carne y leche sobre todo... sin esto... no respondo de nada.

Cogió el sombrero y el bastón de puño de oro; saludó con una cabezada al Magistral y salió murmurando:

—Á lo menos san Simeón Estilita estaba sobre una columna, pero no era una columna... de este orden; no era un estercolero.

Doña Lucía se presentó y con un gesto displicente contestó á las palabras de su primo que había oído desde lejos:

—Es un loco, hay que dejarle.

—Pero nos quiere mucho—advirtió Carraspique.

—Pero es un loco... haciéndole favor.

El Magistral, con buenas palabras, vino á decir lo mismo. «No había que hacer caso de Somoza; era un sectario. Ciertamente, el convento provisional de las Salesas no era buena vivienda, estaba situado en un barrio bajo, en lo más hondo de una vertiente del terreno, sin sol; allí desahogaban las mal construídas alcantarillas de gran parte de la Encimada, y, en efecto, en algunas celdas la humedad traspasaba las paredes, y había grietas; no cabía negar que á veces los olores eran insufribles; tales miasmas no podían ser saludables. Pero todo aquello duraría poco; y Rosita no estaba tan mal como el médico decía. El de las monjas aseguraba que no, y que sacarla de allí, sola, separarla de sus queridas compañeras, de su vida regular, hubiera sido matarla.»

Después don Fermín consideró la cuestión desde el punto de vista religioso. «Había algo más que el cuerpo. Aquellos argumentos puramente humanos, mundanos, que se podían oponer á Somoza y otros como él, eran lo de menos. Lo principal era mirar si había escándalo en precipitarse y tomar medidas que alar-

masen á la opinión. Por culpa de ellos, por culpa de un excesivo cariño, de una extremada solicitud, podían dar pábulo á la maledicencia. ¿Qué esperaban sino eso los enemigos de la Iglesia? Se diría que el convento de las Salesas era un matadero; que la religión conducía á la juventud lozana en aquella letrina á pudrirse... ¡Se dirían tantas cosas! No, no era posible tomar todavía ninguna medida radical. Había que esperar. Por lo demás, él iría á ver á Sor Teresa...»

—Sí, don Fermín, por Dios!—exclamó doña Lucía, juntando las manos—segura estoy de que recobrará la salud aquella querida niña, si Vd. le lleva el consuelo de su palabra.

No se atrevía á llamarla su hija. La creía de Dios, sólo de Dios.

Después se habló de otra cosa. Aunque no se había tratado nunca directamente del asunto, se había convenido, por un acuerdo tácito, que las dos niñas últimas no serían monjas, á no haber en ellas una vocación superior á toda resistencia prudente y moderada. Este implícito convenio era una imposición de la conciencia, ó del miedo á la opinión del mundo. La mayor de aquellas dos niñas tenía un pretendiente. El Magistral venía á desahuciarlo. «Era un impío.»

—¿Un impío Ronzal? ¡Su amigo de Vd.!—se atrevió á decir Carraspique.

—Sí; don Francisco, mi amigo; pero lo primero es lo primero. Yo sacrifico al amigo tratándose de la felicidad de su hija de Vds.

Una lágrima de las pocas que tenía rodó por el rostro de la señora de la casa. Más estético y más simétrico hubiera sido que las lágrimas fueran dos; pero no fué más que una; la del otro ojo debió de brotar tan pequeña, que la sequedad de aquellos párpados, siempre enjutos, la tragó antes que asomara.

La lágrima era de agradecimiento. «El Magistral les

sacrificaba el nombre y hasta la conveniencia de un amigo, de un gran amigo, de un defensor, de un partidario suyo, de todo un Ronzal el diputado! Bien hacía ella en entregar las llaves del corazón y de la conciencia á tal hombre, á aquel santo, pensaría mejor!»

Ronzal, alias Trabuco, aspiraba á la mano de una Carraspique, fuere cual fuere, porque su presupuesto de gastos aumentaba y el de ingresos disminuía; y don Francisco de Asís era un millonario que educaba muy bien á sus hijas. Pero el Magistral tenía otros proyectos.

—¿Un impío Ronzal?—preguntó asustado Carraspique.

—Si, un impío... relativamente. No basta que la religión esté en los labios, no basta que se respete á la Iglesia y hasta se la proteja; en la política y en el trato social es necesario contentarse con eso muchas veces, en los tiempos tristes que alcanzamos, pero eso es otra cosa. Ronzal, comparado con otros... con Mesía, por ejemplo, es un buen cristiano; aun el mismo Mesía, que al cabo no se ha separado de la Iglesia, es católico, religioso... comparado con don Pompeyo Guimarán el ateo. Pero ni Mesía, ni Ronzal son hombres de fe y menos de piedad suficiente... ¿Daria Vd. una hija á don Álvaro?

—Antes muerta!

—Pues Ronzal, aunque se llama conservador y quiere la unidad católica y otros principios que contiene nuestra política, no es buen cristiano, no lo es como se necesita que lo sea el marido de una Carraspique.

Aquel calor con que defendía los intereses espirituales de la familia les llegaba al alma á los amos de la casa.

Ronzal fué desahuciado.

El Magistral habló todavía de otros asuntos. Había que hacer nuevos desembolsos. Limosnas, grandes li-

mosnas para Roma; para las Hermanitas de los Pobres, que iban á comprar una casa; limosna para la Santa Obra del Catecismo; limosna para la novena de la Concepción, porque habría que pagar caro un predicador, jesuita, que vendría de lejos. «Era mucho, sí; pero si los buenos católicos que todavía tenían algo, no se criticaban ¿qué sería de la fe? ¡Si otros pudieran!»

Suspiró doña Lucía al oír esto. Había comprendido. El Magistral quería decir que si él fuese rico, su dinero sería de san Pedro y de las instituciones piadosas. «¡Y pensar que había quien calumniaba á aquel santo suponiéndole cargado de oro!»

Don Fermin antes de salir de aquella casa, donde su imperio no tenía límites, volvió á prometer una visita á las Salesas.

«Pero no había que alarmarse, ni perder la paciencia.»

—En el último trance, se atrevió á decir cuando ya lo creyó oportuno, suceda lo que Dios quiera; si es preciso sufrir por bien de la fe una prueba terrible, se sufrirá; porque el nombre de cristiano obliga á eso y á mucho más.

Allí don Fermin no decía que la virtud era fácil.

Era poco menos que imposible. La salvación se conseguía á costa de mucho padecer, y la alcanzaban muy pocos. La voz del Magistral en el estilo terrorista no era menos dulce que cuando sus ideas eran también melosas. La de salvación sonaba como la flauta del dios Pan; al decir: «Dios misericordioso, pero justo» aquella lengua imitaba el susurro del aura entre las flores...

Nunca hablaba del fuego del Infierno á los Carraspique. Eran tormentos de la conciencia los que les ofrecía para el caso probable de no salvarse, á pesar de tantos disgustos.

Doña Lucía encontraba á don Fermin algo flojo aque-